

JUAN MUJICA

ROSSEL, DIRECTOR DE ATENEA

LARGA ha discurrido en el tiempo del desarrollo chileno, y con muy amplias aperturas de espirituales proyecciones, la revista *Atenea*, desde un lejano día de 1924. El motivo fundamental de su existencia surgió fresco y lozano con los proyectos propiciados por Enrique Molina, Luis David Cruz Ocampo y otras almas fuertes y generosas que en la histórica ciudad de Concepción tenían su morada. La universidad recién creada en la plácida ribera del Bío-Bío, cantado por el estro inagotable de Lope de Vega, debería cumplir también una concienzuda y muy amplia tarea educativa expandiendo la comunicación impresa sin limitaciones geográficas.

A la nueva revista universitaria se le impuso un bello nombre con milenios de prestigio occidental. Tal vez esto sería valedero para consumir la confirmación, tan necesaria a nuestro juicio, de lo que dos preclaros poetas de Chile —Alonso de Ercilla y Pedro de Oña— habían evocado en sus vigorosas creaciones renacentistas. Las alusiones de la milenaria mitología helénica no fueron desatinos de aquellos autores de obras tan perdurables, que con orgullo mantenemos en nuestro acervo literario. El estrecho criticismo criollista no caló en aquella eterna realidad estética que había ayuntado a lo chileno el aura sutil impulsadora del pensamiento, que confiamos aliente la existencia de nuestro pueblo, como nación afanosa por la libertad y el progreso.

Desde su fundación, *Atenea* ha contado para realizarse con el impulso generoso del consejo universitario y para el oportuno cumplimiento de sus objetivos, se ha encomendado la responsabilidad directiva a varios destacados escritores. En esta labor compleja desenvolvió, con público beneplácito, una de sus más logradas iniciativas,

nuestro bien recordado amigo Milton Rossel, durante los tres últimos lustros de su vida.

*

La rica sustancia temporal que de su ancho espíritu nos legara este benemérito escritor se conservará con vigencia inextingible, sin mejor inventario, en el caudaloso material que con talento y constancia fuera él seleccionando para su oportuna publicación en su querida revista de la Universidad de Concepción.

De manera muy sucinta tendré que cumplir mi cometido de exponer con sencillez y claridad algo de lo realizado por Rossel mientras mantuvo en sus activas manos la dirección de la prestigiosa *Atenea*. No es posible en reducido espacio analizar como yo desearía lo que él hiciera en aquel largo lapso para mantener las características de esta publicación en su extensa trayectoria cultural. En sus páginas se recogieron casi todos los principales acontecimientos de las letras, el arte y la ciencia, que sin exclusiones se producían tanto en el país como en las más diversas zonas de la comunidad internacional.

El inventario de trabajos que Milton Rossel entregaba en las páginas de la revista es uno de los más rotundos testimonios de la universalidad mantenida en *Atenea*, bajo su tan acertada dirección. En ella se encuentran excelentes estudios de antropología, etnografía y política, tanto como de filosofía, sociología y estética. Si en verdad siempre les concedió una mayor extensión a los temas de carácter literario, esto se justifica por la amplitud que las obras de tal naturaleza conllevan en sus textos y porque constituyen sin reticencias el más ágil vehículo de comunicaciones espirituales entre los hombres de todos los tiempos.

Incontables son las referencias que sobre autores chilenos contienen los números de esta revista durante la dirección de Rossel. Muchos aparecen con trabajos originales inéditos, otros con la oportuna reproducción de textos anteriormente publicados y los más se destacan en interesantes comentarios sobre sus obras al margen de su aparición, firmados por numerosas personas y también con su propio nombre. Creo conveniente excluir de este sucinto recuento a los autores chilenos que hoy se encuentran vivos.

Al producirse en Nueva York la muerte de la insigne maestra Gabriela Mistral, ocurrida el 10 de enero de 1957, dispuso Rossel

la edición de un número de *Atenea* con expreso material sobre la gloriosa poetisa que le había dado a Chile la cima más excelsa de su cronología cívica y cultural, con el discernimiento del Premio Nóbel de Literatura en 1945. En aquella revista se publican un magnífico comentario de Rossel como nota preliminar sobre nuestra Gabriela, seis artículos de prestigiosas firmas y cuatro bellos poemas de un poeta chileno, siempre su buen amigo.

En los días de enero de 1958 realizó la Universidad de Concepción el primer Encuentro Nacional de Escritores, y a tal convocatoria acudieron varias personalidades muy calificadas del ambiente intelectual del país. Tan importante evento intelectual lo recopila *Atenea* y así salen sus páginas saturadas de un valioso mensaje espiritual por todo lo ancho del mundo. El arte literario de Chile ha conquistado en esta jornada, con el fecundo auspicio universitario, un sólido prestigio que se irá acrecentando con los nuevos jalones que el esfuerzo creador de nuestros escritores continuará poniendo día a día. Pero el mayor logro de aquella reunión de intelectuales podría estimarse que lo fue un sencillo acuerdo, algo que es en verdad muy simple y que puede alcanzar proyecciones incalculables para el desarrollo cultural de Chile. Se acordó la creación de una empresa editorial, bajo el alto patronato de la Universidad de Concepción, para que se publiquen en sus prensas las obras de los creadores de nuevos libros chilenos, sin ninguna cortapisa ideológica y procurando que las ediciones resulten cuidadas en su confección, pero a bajos precios de venta para que pueda difundirse nuestra literatura en los medios modestos de nuestra población y también fuera de nuestras fronteras.

Numerosos trabajos de crítica literaria suscritos por Rossel aparecieron en la revista *Atenea* en los tres últimos decenios. En el tiempo que con su dedicación directiva se comprende, publicó muy acertadas notas sobre personalidades literarias tan interesantes como sus contemporáneos Diego Dublé Urrutia, fallecido hace pocos meses, Mariano Latorre, Marta Brunet, Guillermo Labarca, Eduardo Barrios, Rafael Maluenda y otros.

A su oportuna iniciativa se deben las muy calificadas ediciones especiales que de la revista se lanzaron en homenaje a la memoria de Domingo Melfi, que fuera durante quince años director de *Atenea*; Luis Durand, que le sucedió en tan importantes actividades; José Ortega y Gasset, Mariano Latorre, Marcelino Menéndez y Pelayo. En-

rique Molina, el insigne fundador de la Universidad de Concepción y propulsor constante de la revista; Luis de Góngora, el genial cordobés creador del controvertido culteranismo; Miguel de Unamuno, que admiraba con predilección a Chile en el conjunto hispánico de naciones; Ricardo Latcham y Azorín, el maestro de la sencillez perfecta. Un número especial dedicó Rossel a la obra incomparable del nicaragüense Rubén Darío, que en dedicatoria de un poema heroico declaró reconocer a Chile como su segunda patria. Esta edición de *Atenea* se hizo el año recién pasado, con motivo de cumplirse el centenario del nacimiento de tan excelso vate.

Buenas referencias para las biografías de personalidades notables que se han destacado en diversas actividades de la cultura, se encuentran hoy atesoradas en los nutridos volúmenes de esta prestigiosa revista. En los numerosos artículos seleccionados por Rossel existe una asombrosa abundancia de ricos materiales, que podrán aprovecharse en análisis de tipo estilístico, en formaciones bibliográficas y en notas que permitirán la atinada reconstrucción biográfica de muchas personas que ocuparon la atención de aquellos comentarios. Entre los mismos no faltan interesantes anécdotas y aspectos de la intimidad de las mismas personalidades que informan los artículos.

Muy extensa tarea se nos presentaría sólo con citar de paso la nómina completa de aquellos escritores o promotores de la alta cultura, que gracias a la iniciativa selectiva de Rossel entraron en las páginas de *Atenea*. No me resisto a recordar algunos que han sido consagrados como nombres de muy elevado valor en las letras de nuestros tiempos: Robert Frost, Mariano Picón-Salas, Ricardo Rojas, Eugene O'Neill, Jacinto Benavente, Ramón del Valle-Inclán, Ezequiel Martínez Estrada, José María Arguedas, Concha Zardoya, Rómulo Gallegos, Giorgio Bassani, Mariano Azuela, Jorge Rojas, Octavio Paz, Ernesto Sábato, Samuel José Agnon y Miguel Angel Asturias, entre otros tantos y los dos últimos ganadores del Premio Nóbel. También se encuentran en el mismo periplo y dentro de la revista excelentes comentarios vigentes para estudios sobre los escritores chilenos de todos los tiempos. No puedo abusar de vuestra generosa atención con listas muy extensas de nombres. Pero no debo dejar un vacío que estimo lamentable, sin la expresa constancia de que hay un caudal muy rico sobre nuestros escritores en los mismos volúmenes de la revista, durante el tiempo que Milton Ros-

sel tuvo su dirección. Eludo los nombres anteriormente citados en homenajes especiales y recojo los de Pedro de Oña, Vicente Grez, Alberto Blest Gana, Daniel Riquelme, Virgilio Gómez, Samuel Lillo, Eduardo Barrios, Olegario Lazo, Pedro Prado, Nicomedes Guzmán, Aldo Torres y Santiago del Campo.

En la revista que comprende el mes de noviembre de 1962, entregó al público selectos artículos sobre el incomparable Lope de Vega. En aquellos días se recordaba el nombre del glorioso Fénix de los Ingenios, en conmemoración dedicada al cuarto centenario de su nacimiento. Puede lamentarse que en tan acertado homenaje de *Atenea* nada apareciera sobre su gran comedia indianista *Arauco Domado*, con tantos magníficos personajes adheridos hondamente a la tradición y la historia chilena. En este drama el gran Lope no detuvo su inagotable imaginación y con fino sentido de la escena interpuso de manera pintoresca y arbitraria su amorosa canción junto al Bío-Bío.

La partida de Ricardo Latcham a la eternidad, en 1965, dio motivo para que Rossel redactara un artículo excelente sobre su fraterno amigo y colega. Recuerda en esas admirables páginas los rasgos más destacados de este fecundo escritor y advierte que su caudalosa obra literaria, dispersa en revistas y periódicos del país y pueblos hermanos, será pronto recogida. Adelanta la grata noticia de que una importante firma editorial chilena emprenderá la publicación de las obras de este autor en varios volúmenes. Quiera Dios que esta noble iniciativa no se vea entorpecida ni en larga tardanza. La horrible anemia editorial de este lado del mundo no ha podido curarse y la vemos que avanza con incontenible gravedad y con peligro múltiple para el desarrollo de la cultura chilena. Al mismo Latcham se le dedicó uno de los números de homenaje, coincidiendo con el año de su muerte.

Las últimas tareas cumplidas por Rossel en *Atenea* las encontramos en el número 417, correspondiente al tercer trimestre del año pasado. Con motivo de la muerte del insigne maestro alicantino José Martínez Ruiz, que hizo célebre el seudónimo de Azorín, seleccionó dos artículos sobre la personalidad de tan fecundo escritor y reprodujo sus admirables páginas sobre Mariano José de Larra, el mayor crítico y prosista de su tiempo.

En el mismo número hay buenos artículos sobre diversos tópicos del más alto interés. Con la firma de Rossel aparece una her-

mosa nota dedicada al magistral prosista Ernesto Montenegro y se publica otro artículo excelente sobre los ochenta años del muy recordado Joaquín Edwards Bello. Este ha fallecido en fecha reciente y su memoria se ha recordado con merecidos homenajes. Sólo me basta rendir yo también el mío muy sincero al amigo hoy recordado, Milton Rossel, como Director de *Atenea*.

Santiago, 25 de julio, 1968.